



Miguel Arteche

# **Quevedo habla de sus llagas**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Miguel Arteche

## Quevedo habla de sus llagas

El sueño ha terminado para siempre.  
Ayer la muerte, que empezó en la vida  
del parto sin noticia, quiso al cuerpo  
semilla y carne de una tierra oscura.  
Llueve y penetra frío entre mi vientre;  
mas mi costado estéril, ¿dónde yace?  
Ciego del ojo izquierdo, cancerado,  
tullido me dejaron en la ausencia  
y la distancia lúgubre de invierno  
fosco y desamparado; mis amigos  
hacen burlas de mí, quisieran verme  
exactamente hambriento y degollado.  
Demos algo de tiempo al parasismo,  
que ya se acerca y espantoso suena  
el golpe, el golpe de la muerte mía,  
grave y seguro al reino del espanto.

Ya le sobro a mis huesos: ya me sobra  
mi muerte breve en las rodillas frías.  
Hoy nazco y no envejezco. El nacimiento  
de hombre mortal que atesoró la muerte  
quedó borrado en sueño, en ramalazo  
feroz de tierra removida. Miro  
lo que será de aquel desengañado,  
lo que será de aquel silencio  
que abrió las puertas de la torre muerta.  
Falsarios, bujarrones, pobres príncipes  
de ayer: tal vez vuestras mercedes tienen  
fragantes, delicados los alientos.  
Mozos enjalbegados, ya la corte  
ha de cerrarse tras las extensiones  
tristes de vuestras sedas filipenses.  
Los escribanos turbios, boticarios  
que adulteraron muertes silenciosas,  
cunas y sepulturas reunidas  
junto a la voz adúltera del Duque,  
libelos sodomitas por las calles  
hablan de mí (vuesa Excelencia tiene

qué comentar: se dice, se susurra  
que me he vendido, que en mi mano suenan  
dineros extranjeros, y otras cosas  
cuentan de mí corchetes de la muerte);  
todos, España, llenan tus dominios  
de gusanos, y el Rey toma su baño  
entre ministros sucios y elegantes.  
La corona se inclina ya podrida.  
Sobre tu piel amada, España,  
unas velocidades de langostas  
sin rey se lanzan devorando todo  
tu ardiente espacio de alba estremecida.  
Yo le sobro a mis huesos: su compañía  
comodidad y aliño es de gusanos.

Desde esta noche está el sepulturero,  
fijos los ojos negros en la tumba,  
contando pobres, míseros despojos.  
Ya no me queda nada. Mis espuelas  
doradas yacen en las manos turbias  
de algún ladrón: con ellas sujetaron  
la atroz mortaja. No me queda nada.  
Me profanaron todo: hasta la muerte  
apenas si fue mía. Luego algunas  
manos distribuyeron huesos húmeros,  
difuntos de otras muertes, de otras vidas,  
y en ellos revolvieron mi esqueleto  
o la memoria de su cal deshecha.  
Las pústulas de ayer, los apostemas  
no están allí, y el viento de mi cuerpo,  
junto a las cuatro siempre repetidas  
paredes de la cárcel, no me invade,  
ni las heridas que cauterizara  
mi propia mano. ¡Tierra es lo que sobra  
para enterrar amor, tierra pisada  
para cavar el polvo enamorado  
que amé, que amé sobre las lejanías!

Dios está cerca. Sobre los rosales  
un viento extraño mueve las estrellas.

---

**[Facilitado por la Universidad de Chile](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

